

LA HISTORIA

DISCURSO PRONUNCIADO POR EL SEÑOR VÍCTOR A. BELAÚNDE

EN LA SESIÓN ANUAL DEL INSTITUTO, CELEBRADA

EL 13 DE SEPTIEMBRE

La Historia es una liberación. El pasado desconocido vive en la subconciencia de los pueblos, pesa con sofocante gravedad en su marcha evolutiva. Los pueblos que en bárbaro abandono permitieron que la acción del tiempo destruyese las huellas de la antigua vida y que desaparecieran las reliquias que conservan el secreto de otros tiempos, viven adheridos al espíritu inmóvil, al espíritu muerto de las épocas pasadas. Los pueblos que supieron conservar las formas de los hechos antiguos: que interrogaron á las ruinas, que leyeron en los dólmenes, en los muros agrietados, en las columnas rotas, en los arcos destruidos: que descifraron las borrosas inscripciones de las tumbas; que socavaron la tierra, para sacar del seno mismo de la tierra la historia del hombre, marchan de frente, sin el peso del fatalismo hereditario. Su vida, su espíritu ha sido libertado por la Historia de la acción oculta y oprimente del pasado.

El pasado que no vive vida artística, intangible, en los

despojos y en las ruinas arrancados al soplo destructor del tiempo, que no vive en las formas que deben revestir y adornar la vida exterior de las instituciones: el pasado que no vive la vida inmaterial del recuerdo, vive secreta y soñolienta vida en el espíritu de las generaciones, palpita en el presente matando todo germen de innovación, refrenando toda corriente auguradora de progreso. Es el espíritu de los muertos que ahoga el espíritu de los vivos, según la frase inmortal de Ibsen.

La Historia arranca del alma de las generaciones el pasado oscuro y ciego para objetivarlo en cuadros luminosos, en frescos inmortales que encierran lecciones eternas de vida. La Historia presenta á nuestra razón lo que amorfo é inexpressivo vivía en las secretas inclinaciones transmitidas por la herencia. La Historia, con su crítica y su análisis, rompe las ligaduras que nos unían á las viejas tendencias y á los viejos hábitos. Por eso, la Historia es una liberación.

Hay una libertad trascendental, una libertad del alma de las naciones, distinta de la libertad política, más grande que la libertad política. Es la libertad en su desenvolvimiento por la desaparición de las fuerzas ciegas del pasado, por la acentuación de la conciencia nacional. Esa libertad es hija de la Historia.

La tribu primitiva era libre políticamente hablando. Los hombres errantes ó en sus tiendas y míseros aduares obedecían únicamente al jefe aceptado por ellos ó designado más tarde, por la herencia, en una familia. Pero esa tribu no tenía formada su conciencia colectiva; no tenía la verdadera libertad histórica. Pasarán los tiempos; se realizarán muchas invasiones y muchas conquistas; aparecerá por fin la vida sedentaria. El Arte que había nacido con las primeras necesidades de la existencia, se perfeccionará; dará á la materia expresión y recibirá de ella permanencia. El alma rudimentaria de los pueblos primitivos, distraída antes por el cambiante espectáculo de las continuas emigraciones, no hallando nada nuevo en la tierra ocupada y conocida, volverá al pasado; suscitará el recuerdo. Y surgirá el mito y la leyenda y, con ellos, la Poesía. De la Poesía y

del Arte ha nacido la Historia. El Arte le ha dado el cuerpo, la Poesía el soplo de la vida, el alma. El Arte le ha dado los elementos materiales, las pruebas tangibles de las antiguas civilizaciones: la Poesía le ha hecho conocer las creencias, los sentimientos, las ideas religiosas y las costumbres. El Arte ha proporcionado á la Historia las huellas materiales de la acción del hombre. La Poesía le ha dado el propio espíritu de los pueblos extinguidos. Surge, pues, la Historia hija del Arte y de la Poesía. Pagará su deuda de origen, enalteciendo al Arte, antes destinado á los fines materiales de la vida, ahora, variando y rico, fin en sí mismo, fuente pura de placeres desinteresados. Y el Arte perpetuará gráficamente los hechos que la Historia narrase. La Historia arrebató á la Poesía la epopeya; pero le ha dado en cambio nuevos y variados elementos, cuadros de épocas, fragmentos de la antigua vida. La Historia ha quitado á la Poesía la acción, pero le ha dejado enriquecida la escena. Y la Poesía que en relación al pasado ya no va á narrar sino á pintar, buscará un nuevo mundo y lo encontrará en el misterio del espíritu del hombre y en sus eternas inquietudes.

Surge, por fin, la Historia para afirmar en los pueblos su conciencia nacional; para darles la verdadera libertad en su desenvolvimiento, exonerándolos de la fuerza ciega del pasado; para darles las tradiciones de que deben nacer sus ideales y la orientación de su vida futura.

¿Quién puede negar la fuerza efectiva de la transmisión hereditaria? ¿No es cierto que la sociedad es comparable á un organismo y que un organismo está determinado en su vida por los factores del presente, ley del medio, y por los factores del pasado, ley de herencia? Es verdad que la sociedad es algo más que un organismo; es un sér psíquico como el hombre que tiene aspiraciones é ideales. ¿Pero, cuándo aparecen en la conciencia colectiva esas aspiraciones y esos ideales? Aparecen cuando nace la Historia.

Los pueblos primitivos, los pueblos sin historia más se acercan á los organismos que á los seres psíquicos.

El alma nacional va surgiendo á través de lenta evolu-

ción. Poco á poco va definiéndose, va perfilándose, siguiendo el proceso indicado. Y cuando se inicia la Historia, el alma nacional alcanza el más alto grado de desarrollo y va adquiriendo las mismas perfecciones, los mismos refinamientos, la misma amplitud y riqueza que el alma individual adquiere por la acción enaltecedora de la cultura.

Dejemos por un momento el concepto de libertad en el terreno del derecho; tomemos este concepto en un terreno más elevado y más general, en la amplia esfera de la vida. No basta á un pueblo la libertad política, la independencia, necesita esa libertad moral que sólo la adquieren las sociedades cuando son dueñas de sus tradiciones, cuando han encadenado, con la fuerza de la historia, el impulso de los principios hereditarios; cuando en el cuadro de su pasada vida han estigmatizado lo que era malo y tomado lo que era bueno; y cuando del fondo de sus tradiciones perfeccionadas y enaltecidas, han hecho brotar la fecunda floración de sus ideales. Así como en el orden individual la libertad jurídica no es sino el marco, dentro del cual se mueve una libertad más grande, así en el orden de las entidades colectivas, la libertad política, la independencia, no son sino la condición ó el marco en que debe actuar una libertad más alta, que no depende de los hechos exteriores, sino de los seres mismos. Y esa libertad sólo la alcanzan los pueblos que han sabido formar su historia. Esa libertad no la dan ni las invasiones, ni las guerras, ni la extinción de las dinastías; ni las favorables circunstancias de la política general. Esa libertad sólo se consigue por el esfuerzo oscuro y paciente de las generaciones para remontar el pasado, por el esfuerzo de las generaciones que en cada secreto del pasado que conocen se despojan de una fuerza que los oprime y adquieren una idea que les guíe; esa libertad sólo se consigue á través de una misteriosa gestación en el espíritu de los pueblos: tan sólo comparable á las largas gestaciones del planeta. Esa libertad sólo la da la Historia. Por eso la Historia no sólo es maestra; es libertadora.

Pero un pueblo que se ha desprendido de su pasado, al

conocerlo y que ha adquirido en esa forma la verdadera libertad, necesita algo más que libertad; necesita para lo futuro ideales, orientaciones. La libertad histórica garantiza la espontánea evolución, el franco desenvolvimiento de un pueblo. Pero ese desenvolvimiento y esa evolución requieren el ideal que encauce las energías sociales. La dirección ciega de la herencia debe ser reemplazada por la libre indicación de un rumbo, por la suave atracción de un ideal.

Y bien ¿de dónde vendrá ese ideal? ¿Dónde se ha de formar? ¿Vendrá de fuera? ¿No guardará ninguna relación con la psicología del pueblo? ¿Bastará la fuerza de la imitación para incorporarlo al alma nacional? Nó. Los ideales de un pueblo deben surgir del espíritu del mismo pueblo; deben formarse al calor de sus tradiciones reveladas y depuradas por la Historia. Es verdad que el ideal busca el soplo vivificador de otros mundos y anhela respirar un ambiente perpetuamente renovado por los bienes que vengan de todas partes; pero también necesita tener hondas raíces en el espíritu del pueblo, hondas raíces en sus tradiciones y en su historia. Los ideales extraños al alma de un pueblo harían discontinuo é inseguro el proceso de su desarrollo. Los ideales impuestos y adaptados artificialmente llegarían, tal vez, á informar la inteligencia de la sociedad; pero no el sentimiento y la voluntad colectiva; y vendría como consecuencia la falta de ecuación entre el pensamiento y la vida. La verdadera cultura supone siempre un proceso ininterrumpido. Un vínculo estrecho debe unir á las tradiciones con los ideales. ¿Acaso las tradiciones son inmutables y rígidas? La exacta apreciación de la Historia nos enseña cómo las series de tradiciones que corresponden á diversas épocas, estudiadas en conjunto, forman un proceso vivo de misterioso dinamismo. Los ideales no son sino la dirección futura de ese proceso. Los ideales unidos á la evolución de los hechos indican su nuevo rumbo. Su eficacia depende del grado de relación con la vida que van á encauzar ó á dirigir.

El secreto del adelanto consiste en unir, en la agitación de la existencia, lo pasado con lo futuro, la tradición con el ideal. Renán ha expresado estas ideas en admirable frase.

“Lo que hace de los hombres un pueblo, es el recuerdo de las grandes cosas que hicieron juntos y la voluntad de realizar otras en lo futuro”.

Respecto del pasado, la Historia es libertad, respecto del futuro la Historia es orientación, ideal.

Busquemos, pues, los ideales de nuestro pueblo en su historia. Pidamos á la Historia la formación de nuestra verdadera alma nacional, nuestra libertad nacional, y los que deben ser los ideales nacionales.

Al ocupar por primera vez esta tribuna, yo debo saludar al Instituto Histórico; yo debo saludarlo no solo como una alta sociedad científica, sino principalmente como uno de los más importantes centros destinados á hacer que la Historia realice entre nosotros la gran obra moral que he procurado bosquejar.

El Instituto Histórico es algo más que una institución académica, de fría erudición; de ciencia pura; es, debe ser una escuela; la escuela de las tradiciones y de los ideales nacionales. No va á guiar su acción estéril curiosidad, ni el afán de descubrir minucias y detalles de los tiempos antiguos.

Nuestra verdadera historia está aun por hacer; fragmentos importantes se hallan dispersos en el vasto campo de labor; es necesario reunirlos, darles unidad y congruencia, colmar los vacíos, llenar las lagunas y emprender sobre sólidas bases el edificio completo de nuestra pasada vida.

La tarea del Instituto Histórico no es sólo de erudición sino también de educación. Sobre los materiales acumulados pacientemente, sobre los hechos reunidos y ordenados después de lento y oscuro esfuerzo, vendrán las ideas generales y el amplio espíritu de reconstrucción. El alma de las ciencias nuevas infundirá vida á esas infinitas cristalizaciones de los hechos pasados y surgirá nuestra historia para libertarnos de las fuerzas ocultas del espíritu de otras épocas, que aún vive entre nosotros, y para darnos los ideales del mañana.

La fundación del Instituto Histórico respondió á una de las más grandes necesidades nacionales.

No mantengamos nuestra institución dentro de una torre

de marfil, no la apartemos de la corriente de la vida nacional. Unida estrechamente al alma de nuestro pueblo debe sentir sus palpitaciones, debe seguir su marcha actual y proyectar sobre ella la luz de las enseñanzas históricas. Lazo de unión entre nuestro presente y nuestro pasado, el Instituto Histórico no vá á hundirse en los tiempos antiguos y á respirar en sus despojos hálito de muerte. Con las luces de nuestro tiempo, con el criterio y las armas de nuestra época, vá á remontar el pasado para descubrir los lejanos orígenes de nuestra vida, para seguirla luego en su agitada corriente y encauzarla y enaltecerla en su curso venidero.

La Historia realizará en nuestro pueblo, por medio de vosotros, su obra de libertad y de luz.

En los países que no se han formado por el libre desenvolvimiento de las masas de población reunidas en un territorio á consecuencia de sucesivas invasiones, sino que deben su existencia á la separación violenta de otra entidad de que formaban parte, es indudable que la libertad política no antecede á la aparición del alma nacional; por el contrario, la libertad política, la independendencia, es el resultado de la formación de un nuevo espíritu colectivo y de su triunfo. En este supuesto, la independendencia de un pueblo, es la prueba de que ese pueblo ha conseguido formar su alma nacional. Pero para que esa alma viva enalteciéndose, es necesario que se acentúe, que se defina, que se adueñe de sus tradiciones, que acabe de separarse, no ya de las formas de las antiguas instituciones, sino de su esencia misma, para dejar consumada la conquista de la libertad. Nuestro espíritu nacional llegó á conseguir la libertad política que á su vez le serviría para acentuarse y definirse. Lograda la independendencia por la iniciación de un nuevo espíritu colectivo, rotos los lazos exteriores que podía detener su desenvolvimiento, es necesario completar la conquista de la libertad moral, construyendo por entero el edificio de nuestra Historia. Después de las agitaciones de nuestros primeros años de vida independiente que fueron absorbidos por los afanes y atingencias del nuevo estado de cosas, justo es que volvamos nuestro pensamiento al pasado para arrancarle los secretos y las enseñanzas del porvenir.

Es hora de acentuar el espíritu nacional, de reunir y formar nuestras tradiciones y de prepararnos á recibir un ideal grande y generoso.

¿Por qué subsisten entre nosotros, no las formas de ciertas instituciones, sino su fondo mismo? ¿Por qué el observador imparcial encuentra en muchos rasgos de nuestra vida estacionaria la perenne reminiscencia del alma de otros tiempos? Porque no conocemos bien nuestro pasado, porque no hemos concluído de formar nuestra Historia.

Hay en la Historia el relato de los acontecimientos políticos, de los hechos exteriores, y á su lado, el estudio paciente de las instituciones, de los diversos fenómenos sociales en su curiosa evolución. Lo primero constituye la Historia externa; lo segundo la Historia interna. La Historia interna menos dramática, menos entretenida que la Historia externa, es sin embargo, muchísimo más útil. Entre nosotros falta mucho todavía para decir que está definitivamente hecha la Historia externa; puntos importantes aún no han sido estudiados. Pero nuestra Historia interna no existe aún. Desconocemos casi por completo el origen y evolución de nuestras instituciones. Y por eso es que persiste el espíritu de ellas en infecunda inmovilidad.

Observad aún más los hechos que vienen á confirmar el concepto que he expuesto de la Historia en relación con la libertad.

Un sopro de barbarie ha destruido las formas del pasado en nuestra vida general y en la vida de nuestras instituciones. Las reliquias y huellas de otros tiempos han desaparecido de nuestros edificios, de nuestras ceremonias y hasta de nuestros templos. Pero el espíritu de esos tiempos, sobrevive y domina nuestra existencia. Hemos seguido un proceso inverso al de los pueblos cultos. En vez de libertarnos del espíritu del pasado objetivándolo en la Historia y conservando las huellas y las formas en que se cristalizara, hemos destruído esas huellas y esas formas y hemos seguido de modo ciego encadenados al alma de otras épocas.

El remedio de este mal está en la Historia. ¿Queremos transformar nuestras instituciones? Lo primero que debe-

mos hacer es conocerlas en su origen y evolución. La Historia señala con mano estigmatizadora las instituciones que han permanecido estacionarias, adheridas al espíritu del pasado y que no tuvieron siquiera el valor y la consecuencia de conservar con ese espíritu, lo único que debió conservarse las formas, la vida exterior que encerraba ó podía encerrar tesoros artísticos.

La Historia tiene que condenar nuestro inconsciente radicalismo de apariencias; ese radicalismo que en su obra de sacrílega destrucción ha hecho incolora y anodina nuestra vida material, y que, impotente y tímido, no se ha atrevido á reformar nuestra vida espiritual.

Destruídas las formas del pasado, desconocida su Historia, debía continuar el reinado del antiguo espíritu. Pero no vivimos aislados: llegan hasta nosotros los ecos de otros mundos y aunque atenuada, la corriente de otras ideas. Forzosamente la ley de imitación tiene que atenuar ó destruir los efectos de la ley de herencia. Sin comprender, sin conocer los vicios radicales de nuestra antigua vida, la fuerza innovadora del ejemplo debía despertar en nosotros las necesidades del cambio de la reforma. Nuestro incipiente progreso fué hijo de la imitación; atendió á lo que venía de fuera: dejó de lado la realidad actual y la Historia. Nuestras reformas han sido siempre imitaciones y no adaptaciones. Pero esas imitaciones que no eran ligadas á nuestra vida, producían su obra imperfecta, inconsistente, fugaz. Entonces procuramos remediar los males de una reforma fracasada con una nueva imitación. Y se inicia la Historia de las múltiples y contrarias tentativas, de los procesos iniciados y fracasados, de las obras inacabadas que llenan nuestra vida actual de ruinas prematuras; ruinas que no tienen el sagrado sello de la acción de los siglos. Las viejas ruinas, en su triunfo sobre el tiempo, nos evocan el recuerdo de las obras grandes terminadas por el esfuerzo, superviviendo al embate de todas las destrucciones y de todos los cambios. Las ruinas de las obras abandonadas, esas ruinas de ayer, sin el encanto de los tiempos pasados, sin su inefable seducción artística, sugieren el triste pensamiento de la acción impotente y

desorientada. Y no sobre las ruinas antiguas que demolió nuestro bárbaro impulso ó descuidó nuestra incuria; sobre las dolorosas ruinas de los esfuerzos fracasados de ayer flota el espíritu de las edades muertas.

La inestabilidad é inconsistencia de las instituciones creadas en nuestra corta vida independiente han sido fruto de la falta del bien entendido espíritu tradicional, que establece sobre bases sólidas y hace seguro y continuo el proceso de la vida. Abandonando la Historia, desconocidas las viejas cosas, creíamos que el progreso estaba cifrado en la implantación violenta de las más avanzadas reformas. Las nuevas y artificiales construcciones, de modo general, cayeron por tierra y cuando subsistieron, allado de la obra aparente y postiza, vivían, no las formas, sino el alma misma de las instituciones extinguidas. Y este curioso é interesante fenómeno se debe á la prescindencia de los factores históricos. La ausencia de la Historia, del elemento tradicional es la falta de verdadera libertad respecto del pasado, la falta de orientación segura, de ideal positivo para lo porvenir.

El descuido de nuestra Historia ha producido dos vicios opuestos, antitéticos, y que en la práctica nos han conducido á las mismas consecuencias: el rancio conservadorismo adherido á un pasado que no conoce, y el snobismo inconsistente, engendrador de peligrosas imitaciones y de funestos anatopismos. El primero ha pretendido irrealizable inmutabilidad; el segundo, versátil y vacilante, nos llevó á la acción improvisada, á la reforma de apariencias y después al fracaso y á la resurrección del antiguo espíritu.

Volvamos, pues, á la Historia, adaptemos las nuevas ideas á nuestro presente, hagamos que echen raíces en el terreno de nuestras tradiciones.

Hablar de Historia y de tradiciones, no es hablar de vuelta al pasado, de reacción, de retroceso. La mejor manera de libertarse del pasado es conocerlo. La Historia no se vá á formar de los estudios aislados y rígidos de las diversas épocas, sino del estudio de los fenómenos sociales en su incesante evolución. Si alguna ciencia nos puede dar el con-

cepto objetivo de progreso, de transformación: esa ciencia es la Historia.

Claro está que no siempre se ha tenido esta idea de la Historia, pero hoy es la que reina por doquier y la que informa todos los estudios que de la Historia dependen. La Historia no vá á describir el pasado considerándolo como algo inmutable, rígido ó muerto y en su labor descriptiva vá á perderse en el laberinto de los pequeños é inaprensibles acontecimientos. La Historia debe reconstruir la antigua existencia, no en sus cristalizaciones, sino en su proceso. La Historia debe buscar en los hechos humanos ese algo misterioso que se agita, que cambia, que se renueva, á despecho de todas las resistencias y que encierra el secreto dinamismo de la vida. Volver á la Historia no es proclamar estacionarismo; volver á la Historia es proclamar la evolución; es desear que continúe, pero seguro y firme, el proceso indefinido de la vida.

Expuestas estas ideas podemos hablar sin temores, sin ambages y rodeos de la necesidad del bien entendido espíritu tradicional; podemos hablar de la excelencia de un tradicionalismo dinámico ó evolutivo, sin que se nos tache de paralogismos y sin que pueda calificarse este sistema como un extraño maridaje de palabras. Este tradicionalismo desterrará lo que tenga de malo el espíritu del pasado, proyectando sobre el los rayos de luz de la Historia, y no pretenderá detener la marcha de nuestra existencia, ni que se interrumpa la cadena de nuestras tradiciones; en su obra de continuación buscará el nuevo ideal, lo unirá á la corriente de nuestra vida y hará fecunda y segura la obra del progreso.

Prediquemos, pues, el espíritu tradicional en política, en literatura, en sociología y en educación. En política el espíritu tradicional será la reforma gradual, lenta y segura; la condena de las improvisaciones; de las obras impracticables, de las iniciativas que produzcan reacciones. En literatura, el sentido del pasado ha producido el más grande de nuestros monumentos literarios; la obra que llena de ingenio, de poesía y de gracia, podemos presentar con orgullo á los pueblos que hablan la lengua de Cervantes.

En sociología la aplicación de las leyes y principios generales á nuestro medio y á nuestra Historia producirá obra original de infinitas ventajas para nosotros, de utilidad verdadera para la ciencia universal, porque le llevará nuevos datos y nuevos hechos.

Y en educación; en educación el espíritu tradicional, el sentido de nuestra Historia debe serlo todo. Prescindir de él es ir á la abdicación de la nacionalidad, al suicidio por disolución. Darle el primer lugar en nuestra obra educativa es perpetuar el alma de la patria en el espíritu de las generaciones; es dar á esa alma eterna juventud con el aliento que traen los que comienzan á vivir. Penetrada del sentido de nuestra tierra; penetrada del sentido de nuestra Historia debería hallarse nuestra Universidad; el sentido de nuestra tierra, el sentido de nuestra Historia, el hondo sentido de nuestra vida nacional, la prepararían para recibir las más atrevidas reformas; el sentido de la tierra, y de la Historia, de la tierra variada, rica, diversa, de la Historia movida é intensa, le daría la vida, la fuerza, la enérgica palpitación que le falta y que no logran infundirle, solas y aisladas, las ondas del pensamiento de otros mundos que tardía y lánguidamente llegan hasta nosotros.

Nuestras instituciones intelectuales tienen un noble ejemplo que imitar, una elocuentísima enseñanza que grabar en su espíritu, sobre la excelencia de la obra á la cual concurren el estudio del medio, el conocimiento de la Historia y de las tradiciones de un pueblo, el espíritu amplio y abierto para recibir las ideas reformadoras que vengan de otras partes. Yo debo invocar aquí el recuerdo de la Sociedad Amantes del País. Aquellos hombres que en las columnas de el "Mercurio" y en las sesiones de su sociedad disertaban sobre nuestro suelo, sobre nuestro clima, sobre nuestras montañas y nuestros ríos, sobre nuestra Historia y nuestra vida pasada, nutrían su espíritu de las ideas del movimiento filosófico del siglo XVIII y estaban atentos á las últimas pulsaciones del pensamiento mundial. Aquéllos hombres que, con el interés y el estudio de las cosas de este suelo crearon nuestro espíritu nacional eran los mismos que en el Convictorio Carolino

y en la Universidad desterraban la escolástica, y con un espíritu de atrevida reforma que no hemos heredado, no se limitaron á modificar las ceremonias, los emblemas y las insignias; renovaran el espíritu de la enseñanza universitaria con el estudio del Derecho Natural, del Derecho de Gentes, del derecho patrio y el estudio de las ciencias experimentales. Y podéis juzgar si su obra no fué grande, si no fué sólida, si no fué fecunda. Sin ella la independencia nos hubiera encontrado sin la menor preparación. Sin ella hubiéramos llegado á la vida autónoma sin haber comenzado á definir nuestra personalidad como pueblo.

Herederos de la hermosa tradición de la sociedad de el "Mercurio" deberían ser nuestros centros científicos y educativos. ¡Qué tengan siempre como puntos definitivos de su programa el conocimiento de los factores del medio, la justa apreciación de los factores históricos y el espíritu abierto á las ideas de renovación y de reforma.

Todos los desvelos de nuestra acción legislativa, todos los afanes de nuestra acción pedagógica, deben concurrir en la obra de dar consistencia y solidez á nuestro espíritu nacional, para contrarrestar la acción disolvente del medio y la influencia contradictoria de los factores hereditarios. Nuestra alma nacional tiene que luchar contra un medio físico de contrastes y una Historia de antinomias. A nuestra integración política opone resistencia nuestro territorio que, en verdadera síntesis geográfica, contiene arenas de desierto, nieves de cumbres y fecundidad de selvas. En nosotros luchan las tendencias de razas diferentes que producen aquella inadaptabilidad á la que atribuye Spencer las continuas revoluciones en Hispano-América. Sobre una raza de espíritu gregario y de solidarismo mecánico, se estableció otra raza dotada de fuerte instinto de dominación y de poderoso sentido de individualidad. Al período en que reinaba el fiero é indomable individualismo de los conquistadores; sucedió el período en que aprisionaba la vida y el desarrollo de la sociedad rígido legalismo; el absolutismo centralizador y ordenancista. El genio rebelde y audaz de los conquistadores produjo las antiguas tiranías, de las cuales no son sino reme-

do los desplantes de nuestro moderno caudillismo. Al antiguo absolutismo, á la vieja manía ordenancista corresponden nuestra moderna estatolatría y nuestro furor legislativo y reglamentario.

Contraste y oposición son ley de nuestro medio geográfico y característica de nuestra Historia. ¡Qué difícil labor de síntesis y de conciliaciones tiene que ser la educación de nuestro espíritu colectivo! Sólo en la Historia y al calor de las viejas tradiciones podemos hallar la fuerza misteriosa que concilie todas las tendencias, que seleccione las cualidades y que, en mágica síntesis, logre dar á nuestra alma nacional la constancia resignada en el esfuerzo de esa raza sobre la que ha pasado en una centuria, llamada de estricta conciencia jurídica, el ultraje del más cruel de los olvidos y de las más injustas de las pretericiones; la pujanza de aquellos inmortales guerreros que vivieron las más gloriosas de las epopeyas; el sentimiento de la ley del orden, el sutil y fino sentido del derecho, la exquisita cortesanía de los tiempos virreinales; y ante los horizontes nuevos, ante el aura renovadora que venga de otros mundos el entusiasmo, el ardor y la fe de nuestros padres en la alborada de la libertad.

¡Que venga nuestro ideal, que surja de este suelo, que viva de este ambiente, que respire de este aire, que reciba esta luz, que lleve el sello de nuestros dolores, la sangre de nuestros sacrificios, la agitación de las pasadas inquietudes y la anhelante visión de nuestras esperanzas!

Yo veo mi patria en las ruínas de la civilización de las razas primitivas; ruínas que al caer la tarde insinúan el silencioso poema de su melancolía. Yo veo mi patria en la enmohecida armadura de los conquistadores, ávida de recibir pechos de igual empuje; en la severa mirada autoritaria de los virreyes bajo los graves birretes ó las pelucas empolvadas; en el gesto altivo de los héroes de nuestra independencia que llevaban en su frente el reflejo de las visiones sublimes y en su pecho la pujanza arrolladora de todas las audacias. Y veo la ciudad antigua muelle, tranquila; sus altas torres que elevan al cielo el rumor de las místicas oraciones y frente á ellas, cerca de la tierra, el balcón morisco, sensual y

misterioso; la pompa solemne con que avanza lento bajo religioso palio el sagrado sello regio; en un día de luz el alegre cortejo universitario que, al són de atabales y tambores, precedido de simbólico estandarte y de las graves argentadas masas que reverberan al sol, va proclamando las glorias del recién graduado y las más grandes glorias de la vieja Academia de San Marcos; en un día de sombras el desfile de frailes y togados de las procesiones del Santo Oficio; desfile evocador de torturas y de muerte; la paz serena, el monótono discurrir de la vida, turbado á veces por la algarabía de las elecciones conventuales ó la sonora agitación de las oposiciones universitarias.....Y todo pasó; de esos tiempos apenas quedan huellas y débiles recuerdos; pero llevamos muy dentro del alma su espíritu mudo y ciego. Reconstruyamos esos tiempos con piadosa mano, reunamos sus reliquias dispersas; conservemos con amor sus formas profanadas y proyectemos sobre ellas, hecha luz, inspiración, enseñanza su alma oscura que nos oprime y nos sofoca, y luego libres, aleccionados, conscientes con la visión exacta del presente, con los secretos del pasado sigamos la corriente incontenible del progreso.

Víctor Andrés Belaúnde.

